

Exaltación de la poesía romántica

Contenido histórico de la producción poética del Duque de Rivas

Trabajo presentado al tema 2.º del III Certámen
Literario, celebrado por el Ayuntamiento de León

Envuelve al mundo extenso, triste noche,
ronco huracán, borrascosas nubes
confunde en tinieblas impalpables,
el cielo, el mar, la tierra.

Esta bellísima estrofa, sirvió a don Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano para iniciar su famosa composición dedicada a EL FARO DE MALTA, y yo me permito ponerla al frente de este trabajo con una triple finalidad: como homenaje a su autor; para que sirva de pabellón glorioso que preste amparo al deleznable contenido de estas cuartillas, y, por considerar que la estrofa parece escrita hoy, para reflejar fielmente la situación del mundo en los momentos actuales.

El Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de León, ha convocado un Certamen Literario que tiene por rúbrica la exaltación de la poesía romántica, exaltación que se pretende realizar en torno a las más representativas figuras del período genuinamente romántico:

El Duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla.

Con mejor voluntad que acierto concurre a esta Justa literaria pretendiendo desarrollar el tema segundo «CONTENIDO HISTORICO DE LA PRODUCCION POETICA DEL DUQUE DE RIVAS».

Me mueve a ello mi antigua admiración por la vida y la obra del Duque; mi amor a Córdoba, su tierra natal y mi gratitud a la Excelentísima Corporación Leonesa, que ha tenido la oportunidad y el acierto de convocar este Certamen. Haga Dios que mi modesta aportación sea digna del poeta a quien pretendo exaltar y del noble propósito que inspira este Concurso.

Oportunidad y acierto insuperables encierra la convocatoria de esta Justa literaria. Ella viene a ser como un oasis espiritual enme-

dio de la desolada aridez que nos ofrece el panorama mundial. Hombres y pueblos, sumidos en un materialismo feroz y grosero, se debaten, pretendiendo hallar solución a los problemas planteados, olvidándose de Dios y de los altos valores del espíritu, que constituyen el tesoro inagotable que el Creador concedió al hombre.

León, ciudad prócer, fior de España, cargada de Historia y rica de espíritu, con gallardía muy española, lanza al mundo esta voz de alarma que, pretende llamar a los pueblos y a los hombres al buen camino, al camino de la espiritualidad, que conduce hasta Dios, única fuente de Bien, de Verdad y de Justicia, de la que puede brotar la solución que tanto necesita la pobre humanidad atormentada.

Para el orden y claridad de este trabajo, lo dividiremos en los siguientes apartados:

I.—UNA VIDA FABULOSA.

II.—LA OBRA DEL DUQUE POETA.

III.—CONTENIDO HISTORICO DE LA PRODUCCION POETICA DEL DUQUE DE RIVAS.

Una vida fabulosa

Córdoba, madre de santos, de filósofos, de poetas, de héroes y de artistas, lo fué también de don Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, III Duque de Rivas, que nació el día 10 de marzo de 1791 y recibió las aguas del bautismo el 13 del mismo mes en la parroquia del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral.

La falta de espacio y lo muy conocida que es la biografía del Duque, nos excusa de seguir paso a paso su vida fabulosa, pródiga en aventuras y sinsabores, con alternativas de triunfos y derrotas y con un final triunfante y lleno de honor y de gloria.

A través de los setenta y cuatro años de su fecunda existencia, la vida del Duque excede en interés y en aventuras a la más intrincada y compleja de las novelas.

Noble por su cuna y noble por sus acciones, supo en todo momento rendir culto a su honor de español y caballero, sin claudicar jamás ante amenazas ni conveniencias. Vivió siempre cara al peligro, para afrontarlo sin temor, y a la dificultad para vencerla con gallardía.

A caballo entre dos siglos y entre dos tendencias políticas y literarias, la vida y la obra del Duque se encuentran partidas por gala en dos.

Juventud impetuosa, liberal, aventura, es la primera fase de la vida de Angel de Saavedra. Viene luego con la madurez la reflexión, el moderar los ímpetus, el frenar las pasiones, el dar a la vida un tono de seriedad y de señorío. Esta es la segunda fase de la vida de Angel de Saavedra, cuando a su nombre preclaro puede añadir el título con grandeza, de III Duque de Rivas.

Reo de muerte. Proscrito de la Patria por liberal. Viajero infatigable con la zozobra y el apremio de la huida. Pintor y poeta. Dramaturgo aplaudido. Caudillo y paladín del romanticismo que le debe su triunfo en la escena española. Diputado, Senador, Ministro y—fugazmente—Jefe del Gobierno. Académico y Presidente del Ateneo. Proscrito de la Patria por reaccionario. Diplomático sagaz y atrayente, por todas partes, por cargos y por pueblos va derramando pródigamente su talento, su simpatía, su caballerosidad sin mengua y sin tacha, y su bien probada hidalguía.

Siempre le asistió la simpatía popular y en su vejez el respeto, el cariño y la admiración de todos. Próximo el fin de su vida alcanzó el más alto de los honores, al serle concedido el Collar de la insigne Orden del Toisón de Oro. Con la agudeza y gracejo que le eran proverbiales y aludiendo a la tardía llegada del merecido y anhelado honor lo calificó como «la cena del moribundo».

El peregrino ingenio de don José María Rey Díaz, insigne Cronista de Córdoba, en la bellísima biografía que con destino a los muchachos cordobeses escribió por encargo de aquel Ayuntamiento en la serie titulada «Los grandes de Córdoba», tuvo la feliz idea de llamar a don Angel de Saavedra «EL DUQUE POETA», con tan singular fortuna, que así se conoce ya al de Rivas, en el campo de las letras y en el de la crítica literaria, y ese título de EL DUQUE POETA lleva la interesante biografía escrita por el señor Conde, viudo de Doña Marina y editada por la Revista de Historia y Genealogía Española.

La grandeza del Duque Poeta, fué tanta, que Córdoba, su patria menor, con ser madre de grandes y preclaros varones, lo cuenta entre sus predilectos y tiene a gran honor el reconocerlo de manera pública y constante como hijo ilustre.

La obra del Duque Poeta

A caballo entre dos siglos, dos tendencias literarias solicitan la atención del Duque Poeta, disputándose el predominio de su obra.

El neoclasicismo agonizante y el naciente romanticismo con su

inevitable zona de transición. A las dos tendencias y a su periodo transitivo acude y satisface don Angel Saavedra en la poesía y en el teatro. Bajo la influencia del neoclasicismo y con reminiscencias de Quintana, escribe sus odas «A LA VICTORIA DE BAILEN», «NAPOLEON DESTRONADO» y «ESPAÑA TRIUNFANTE». «FLORINDA» y «EL SUEÑO DEL PROSCRITO» pertenecen al periodo de transición. Con «EL FARO DE MALTA» entra el Duque Poeta con paso firme en el romanticismo del que ha de ser el más representativo y afortunado de sus cultivadores, sobre todo en el Teatro donde su triunfo no admite parangón con el de ninguno de los representantes de la nueva escuela.

Las primeras producciones teatrales—tragedias al gusto francés—son de tendencia neoclasicista: «ATAULFO», «ALIATAR», «DOÑA BLANCA», «EL DUQUE DE AQUITANIA» y «MALECK ADHEL».

«TANTO TIENES TANTO VALES», comedia al estilo de Moratín, «LA MORISCA DE ALAUJAR», «SOLACES DE UN PRISIONERO» y «EL CRISOL DE LA LEALTAD» pertenecen al género de comedias llamadas de «capa y espada». Aun falta un sainete «EL PARADOR DE BAILEN» y un drama calderoniano «EL DESENGAÑO DE UN SUEÑO» para llegar a la obra cumbre del Duque Poeta y del romanticismo que es «DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO», la mejor producción española de la nueva escuela, ya que para serlo y por serlo no le falta ninguno de los defectos, y, atesora todas las virtudes y bellezas del romanticismo.

En el drama se mezcla la prosa con el verso, no se siguen las unidades dramáticas.

Idealismo y realismo, sentimentalismo y misterio, se enlazan en el asunto retorcida y deliberadamente novelesco y fantástico, alternando escenas de sana comicidad con otras tremendas y espantables por su fatalismo.

Grande de España y grande en el mundo fué don Angel de Saavedra, Duque de Rivas. Grande fué. Pero no fué Dios. Por eso al crear el personaje central de su obra, al crear a don Alvaro, el indiano, no lo creó a su imagen y semejanza, como Dios había creado al hombre.

El Duque, Poeta que piensa, siente y actúa como cristiano y como católico, como noble, valiente y esforzado caballero al crear a don Alvaro lo hace, aunque noble, de origen misterioso; aunque valiente, sometido a una terrible maldición que anula su libre albedrío; aunque esforzado, irresoluto y pesimista, esclavo de la «fuerza del sino»,

sin gallardía para oponerse a las circunstancias adversas y terribles que se van acumulando en su camino y que le llevan en el último momento del drama, cuando en pleno ejercicio de la facultad divina del libre albedrío tiene de decidir entre la vida noble, esforzada y luchadora y la muerte violenta, indigna y cobarde, a elegir esta última y arrojándose al abismo

El Duque Poeta ha creado un personaje que es su contrafigura.

¡Gran pecado de insinceridad! Pecado de la época y del momento. Pecado del romanticismo que llega al teatro como llega a la vida social y cotidiana. Porque el romanticismo no es solo una escuela literaria, un movimiento renovador en la literatura y en el arte.

El romanticismo es todo eso y mucho más. El romanticismo invade las costumbres y da un nuevo tono a la vida. Su fuerza expansiva allana cuantos obstáculos se interponen en su camino y son muchos aquellos que empezaron combatiéndole y acabaron sometiéndose.

Tal es el caso de don Antonio Alcalá Galiano, espíritu contrario a la nueva escuela en su iniciación, evoluciona y acaba no ya por aceptarlo sino por ser un defensor entusiasta y un panegirista ferviente, cuyo prólogo a la primera edición de EL MORO EXPOSITO del Duque Poeta constituye un encendido y fervoroso manifiesto revolucionario en el que Alcalá Galiano toma decididamente partido por el bando de los románticos, que se disputaba la hegemonía literaria con su encarnizado enemigo, el bando de los llamados clásicos.

En este manifiesto aparecen las palabras que vamos a copiar y que condensan la opinión de su autor acerca del romanticismo:

«Han abandonado los poetas los argumentos de la fábula e historia de las naciones griegas y romanas como poco propios para nuestra sociedad, y porque de puro manoseados estaban faltos, no menos que de novedad, de sustancia». «En una palabra, vuelve por estos medios la poesía a ser lo que fué en Grecia en sus primeros tiempos, una expresión de recuerdos de lo pasado y de emociones presentes, expresión vehemente y sincera y no remedo de lo encontrado en autores que han precedido, ni tarea hecha en obediencia a lo dictado por críticos dogmatizadores».

Siguió Alcalá Galiano llevado de su entusiasmo participando en las discusiones del Ateneo, combatiendo la teoría de las unidades dramáticas y el espíritu afrancesado de sus defensores en el siglo XVIII, apasionándose en sus juicios, como si con esta pasión quisiera desagaviar su antigua posición contraria a la nueva escuela.

Cádiz y Barcelona son las puertas por donde el romanticismo entra en España. Madrid se opone a la invasión, representa la resistencia que al fin es más que vencida, aniquilada, recibiendo el golpe de gracia por los años de 1832-1835, cuando vuelven a España los proscritos en la represión absolutista, al iniciarse la regencia de María Cristina. Con nuestro Duque Poeta vuelven al solar hispano su inseparable don Antonio Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Arriaza, Galiardo, Espronceda.

Algunos de ellos, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Espronceda y el Duque de Rivas, sienten la atracción de la política, y van a ella impregnándola también de espíritu romántico que por este medio tan eficaz llega a invadir toda la sociedad española.

Como el renacimiento volvió los ojos al antiguo arte clásico grecorromano, los románticos se inspiran en lo europeo, cristiano y nacional y en la naturaleza viva, interpretándola directamente y ensanchando de este modo y hasta límites insospechados, el campo de la inspiración. La enemiga no es solo contra el pseudo-clacisismo francés, sino contra el propio clacisismo puro. La divisa de los románticos es «EN CONTRA DE LO EXTRAÑO, LO PROPIO».

Esta divisa, interpretada por el espíritu crítico de Cejador, quiere decir:

«Contra lo extraño grecolatino, lo nacional; contra la copia e imitación de los antiguos, la copia e imitación de la misma naturaleza; contra lo pagano y mitológico, lo cristiano; contra lo épico-objetivo, lo subjetivo lírico; contra lo aristocrático, lo popular; contra lo erudito, lo lego; contra la atadura de las leyes retóricas, la soltura de la propia inspiración; contra la razón dominadora, la desenfrenada fantasía; contra lo ideal universal y típico de la belleza, lo real, lo individual y variable de la naturaleza universal.

Tales son las características de la escuela romántica. Dentro de ellas desenvuelve su obra el Duque Poeta, astro de primera magnitud en el cielo esplendoroso del romanticismo y en ese ambiente romántico desenvuelve también su vida y su actuación política, persistiendo así la dualidad que reiteradamente hemos destacado «a caballo entre dos siglos, entre dos tendencias y cuando una de ellas —la romántica— lo domina y lo absorbe, a caballo entre dos actuaciones, la literaria y la política».

Contenido histórico de la producción del Duque de Rivas

En el famoso PROEMIO del Marqués de Santillana al ilustre señor don Pedro, Muy Magnífico Condestable de Portugal (¿1445-1448?) encontramos la primera alusión rotunda de los romances, marcando al hacerla el divorcio que ya en aquella época se había manifestado entre la poesía popular y la erudita.

Nos habla así don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, guerrero y poeta, cuya vida tantos puntos de contacto tiene con la del Duque de Rivas.

Como pues o por cual manera, señor muy virtuoso, estas ciencias hayan primeramente venido en manos de los romanticistas o vulgares, creo será difícil inquisición y una trabajosa pesquisa. Pero dejadas ahora las regiones, tierras y comarcas más longín y más separadas de nos, no es de dudar que universalmente en todas de siempre estas ciencias se hayan acostumbrado y acostumbran, y aun en muchas de ellas en estos tres grados, es, a saber, sublime, mediocre, ínfimo. Sublime se podría decir por aquellos que las sus obras escribieron en lengua griega o latina, digo metrificando. Mediocre usaron aquellos que en vulgar escribieron, así como Guido Januncello, bolones, y Arnaldo Daniel, provenzal. Y como quiera que de estos yo no he visto obra alguna: pero quieren algunos haber ellos sido los primeros que escribieron tercio rimo, y sonetos en romance. Y así como dice el filósofo, de los primeros, primera es la especulación. Infimos son aquellos que sin ningún orden, regla ni cuento, hacen estos romances y cantares, de la que la gente baja y de servil condición, se alegra».

Vemos, pues; que para don Iñigo el romance es cosa ínfima, propia para alegría y divertimento de la gente de baja y servil condición.

Pero el tiempo pasa y el romance se va dignificando, se va enaltecendo hasta que llega a constituir el «collar de perlas» de que nos habla Hegel en su Estética en estas palabras:

«Los romances forman un collar de perlas, cada uno de los cuadros por separado es completo y, sin embargo, una vez reunidos forman un todo armonioso, tan épico y vivo a la vez, que la realidad histórica se nos muestra en su aspecto más elevado y puro, lo cual no excluye una gran riqueza en la pintura de las más nobles escenas

de la vida humana y de las mayores proezas. Todo esto compone una corona poética tan bella y graciosa que «nosotros, modernos, podemos audazmente poner en parangón con las grandes bellezas de la antigüedad clásica».

Se dá en el Duque Poeta la extraña circunstancia de que a las adversidades, reveses y contratiempos que la política le proporciona y que le obliga a la emigración, se debe gran parte y desde luego la mejor de su labor literaria.

Fué en la isla de Malta donde conoció a Sir John Hookhan Frere, con quien entabla una amistad cordial que había de resultar muy provechosa desde el punto de vista intelectual para nuestro héroe. Fué su culto amigo quien le indicó la conveniencia de volver los ojos a lo nacional, a nuestra gloriosa Edad Media, a nuestro prestigioso Romancero. Cuando el Duque vacila, y, antes de acabar de convenirse, escribe su poema «EL MORO EXPOSITO» o «CORDOBA Y BURGOS EN EL SIGLO X» que él llama «leyenda en doce romances» y que resulta ser por lo extensa y prolija una novela versificada de mayor interés histórico que literario, donde relata la leyenda de Mudarra, el hermano bastardo de los siete infantes de Lara, que dedicó a su amigo y mentor.

Otra leyenda histórica titulada «EL PASO HONROSO» nos describe las hazañas de Suero de Quiñones. En Nápoles escribe otra leyenda para dedicarla a Zorrilla, titulándola «LA AZUCENA MILAGROSA» y con la que salda la deuda que tenía con su amigo poeta, que le había dedicado la titulada «LA AZUCENA SILVESTRE». Después siguen dos leyendas «MALDONADO» y «EL ANIVERSARIO».

Y ya convencido y decidido se apresta el Duque Poeta a realizar lo mejor de su obra, escribiendo sus Romances Históricos.

Las crónicas, las tradiciones orales y las propias invenciones del Duque le proporcionan los temas para estos Romances, cuya acción la sitúa unas veces en la Edad Media, otras en la época de los Austrias.

Las descripciones en los Romances son maravillosas, prolijas, llenas de riqueza pictórica. No olvidemos—como apunta Azorín—que el Duque fué un pintor muy estimable, ni olvidemos tampoco su origen cordobés y por tanto su gran amor a lo descriptivo.

Con sus Romances, el Duque Poeta acerca la historia al pueblo, envolviendo la aridez de los hechos con el ropaje maravilloso de la poesía, siguiendo unas veces con fidelidad y exactitud los textos de

las crónicas como en «EL ALCAZAR DE SEVILLA» y abandonando otras ese rigor histórico para sustituirlo por la anécdota llena de vida y encanto, como en el popularísimo titulado «UN CASTELLANO LEAL», el mejor quizá de todos sus Romances, lleno de luz, de movimiento y de fuerza en su argumento y de vigoroso casticismo en su forma y en ocasiones extrayendo el argumento de su propia fantasía.

Al publicar sus Romances Históricos se creyó el Duque Poeta en la obligación de defender su obra y el metro empleado y a tal fin compuso un prólogo en defensa del romance octosilabo, que si adolece de falta de rigor científico, tiene en cambio gran interés estimativo.

A este prólogo que encabeza la primera edición de los Romances pertenecen los párrafos que a continuación copiamos por estimarlos del más alto interés:

«Si todos los metros se prestan más o menos a todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porque saben darles el tono, el giro y la armonía más conveniente a la expresión de sus pensamientos y de sus pasiones, el romance octosilábico castellano es acaso la combinación métrica que, obteniendo la primacía para la poesía histórica, como la más apta para la narración y la descripción, se presta más, naturalmente, a todo género de asuntos, a toda especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificación, le da una elasticidad suma y es, sin disputa, uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variación de sus giros y de sus cortes (pues los que le niegan este dote no han leído los hermosos romances que Calderón introduce en sus comedias, y en que, con efectos sorprendentes, los ha versificado hasta lo infinito) hacen al romance el metro más apropiado para el cambio de tono y para la variación de colorido. Y hasta la armonía del asonante que en una composición larga puede, de cuando en cuando, variarse sin la menor dificultad, y que es tan exclusivamente española, tan grata a los oídos españoles, tan varia y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento más apropiado para todo género de asuntos. Y su rapidez misma ¿no está indicando que es el verso octosilabo el más adecuado para ex-

presar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas y la sencillez y viveza de los afectos?».

Condensa este párrafo el sentir y el pensar del Duque en cuanto al romance y su metro.

Sin espacio para un más profundo y detallado estudio crítico de los Romances Históricos del Duque y sin autoridad ni competencia para hacerlo, quede aquí terminada la tarea que nos impusimos y que bien a nuestro pesar no responde al noble propósito que la ha inspirado, resultando menguado tributo a la grandeza del Gran Duque de Rivas, pero quede constancia de mi admiración sincera para el hombre de vida fabulosa, de obra impercedera, que supo honrar siempre a su Patria, glorificándola con su talento, defendiéndola con su valor y enalteciéndola con su constante devoción.

Adolfo Chércoles Vico

